

D
A
T
E
T
I
E
M
P
O

Date tiempo para trabajar,
es el precio del triunfo.
Date tiempo para pensar,
es la fuente del crear.
Date tiempo para jugar,
es el secreto de la eterna juventud
Date tiempo para leer,
es el fundamento de la sabiduría.
Date tiempo para ser amigo,
es el camino de la felicidad.
Date tiempo para soñar,
es atar tu carreta a una estrella.
Date tiempo para amar y ser amado,
es el centro del Evangelio.
Date tiempo para mirar alrededor,
el día es muy corto para ser egoísta.
Date tiempo para reír,
es la música el alma.
Date tiempo para orar,
es la fórmula para encontrar a Dios

Antigua oración irlandesa

D
A
T
E
T
I
E
M
P
O

Comunidad en Camino

33º T. Ordinario
Ciclo "B"

PP. DOMINICOS - MADRID

18 de NOVIEMBRE
2012

Avda. Ciudad de Barcelona,1 <http://www.parroquiadeatocha.es>



**NTRA. SRA.
DE ATOCHA**

**“El cielo y la
tierra pasarán,
pero mis
palabras no
pasarán”**



33° T. Ordinario (18 de Noviembre 2012)

El texto del evangelio de hoy se ha interpretado corrientemente como el anuncio del fin del mundo. Sin embargo, si tomamos el capítulo en su conjunto, veremos que el sentido no va en tanto en lo cronológico cuanto a la necesidad de estar siempre preparados para la llegada del Señor.

El texto evangélico dice así: “En aquellos días, después de una gran tribulación, el sol se hará tinieblas, la luna no dará resplandor, las estrellas caerán del cielo...” Sin embargo el texto termina con un mensaje de esperanza sobre la continuidad histórica y sobre la presencia de Dios en ella: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”.

Daniel, en la primera lectura, nos dice: “Serán tiempos difíciles, como no los ha habido desde que hubo naciones hasta ahora”. Y en este sentido van las palabras de Jesús. Nunca como en estos tiempos que estamos viviendo que, como dice el profeta: “tiempos difíciles..., como no los hubo hasta ahora”, es la realidad de, no solo de nuestro país, ni de Europa, sino de toda la humanidad. Ciertamente, no es que estemos a punto de sufrir una catástrofe global, que traiga como consecuencia el fin del mundo, el final de nuestra historia; pero sí estamos ante una situación de consecuencias insospechadas, que hemos venido “preparando”, desde hace mucho tiempo, ante nuestra indiferencia y despreocupación, de los millones de hermanos nuestros que vivían y viven en la más absoluta pobreza, muriéndose de hambre en todo el mundo. Cómo no nos afectaba a nosotros..., ni pensábamos, ni queríamos pensar en tales situaciones “tan desagradables”, para que no nos remordiera la conciencia, ahora resulta que si nos afecta a “casi” todos... y de qué manera.

No es tiempo de lamentaciones; es tiempo de reconocer sí la responsabilidad de cada uno; pero, sobre todo, a arrimar el hombro y, en la medida de nuestras posibilidades, poner el “granito de arena” que nos corresponda y que podamos. Empezando por volver, de verdad, los ojos a quien rige los destinos de la historia y que hemos olvidado buscando solamente nuestro “bienestar” a costa de los demás; o sea, al Dios del mundo y de la historia, revelado por Jesucristo.

Daniel 12, 1-3
Hebreos 10, 11-14.18
Marcos 13, 24-31

Este Domingo, 18 de noviembre, se celebrará el Día de la Iglesia Diocesana, con el lema “La Iglesia contribuye a crear una sociedad mejor”. En su carta pastoral para esta jornada, el Cardenal Rouco Varela asegura que “no se necesitan muchos argumentos para justificar esta afirmación” ya que, “por su origen, la Iglesia ha nacido de la Resurrección de Cristo como la nueva humanidad que nos permite participar de la gracia del Señor resucitado, de sus dones y de su mismo destino. Por su historia, la Iglesia ha contribuido, apesar de sus fallos y sombras, a desarrollar las sociedades donde se ha implantado sacando lo mejor de los hombres y de sus culturas en todos los niveles de la vida social.

“Allí donde hay necesidad del hombre, asegura, ahí está la Iglesia para ayudar, compadecer, promover y salvar”. “Nacida para redimir al hombre en su sentido más pleno y definitivo, salvarlo del pecado y de la muerte por la acción de Cristo”, la Iglesia “se preocupa por el hombre y le hace objeto de su amor y entrega total. Nada humano le es ajeno porque Cristo se ha hecho hombre y ha llevado a su máxima altura la condición humana, al hacernos hijos de Dios y herederos del Reino de los cielos”.

Por eso, prosigue, “el día de la Iglesia diocesana es una ocasión extraordinaria para dar gracias a Dios por habernos hecho miembros de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, y poder trabajar para que este Cuerpo sea digno de su Cabeza en cada uno de nosotros. La Iglesia necesita, pues, de cada uno de sus hijos y miembros. Necesita de nuestra santidad personal, que ella nos dio el día de nuestro bautismo. Necesita de nuestra oración incesante, personal y comunitaria. Necesita de nuestra ayuda económica, que redundará en beneficio de la sociedad, y especialmente, en estos tiempos tan duros desde el punto de vista económico, de los pobres y marginados.

Concluye animando a “ser generosos” en esta jornada, “a dar lo mejor de nosotros mismos, a enriquecernos mutuamente con la entrega de cada uno de nosotros a Dios y a los hermanos”.